

CAPITULO XIX

Gómez se retira por algunos años del periodismo militante. — Sus grandes polémicas. — Asume de nuevo la redacción de "El Nacional". — Sus últimos años y su muerte.

Desde 1859 en que el doctor Gómez dejó la redacción de "El Nacional" de Buenos Aires, hasta el año de 1879 en que volvió a tomarla, pasan veinte años en que no figura en el periodismo militante, consagrándose de lleno a su carrera de abogado; pero su actividad profesional, si bien lo sustrae al combate diario de la prensa, no lo aleja de ella del todo; y en ese largo intervalo presta colaboración literaria a diversas hojas de publicidad, escribe sobre asuntos de interés público y promueve o acepta las grandes polémicas que en su época tuvieron extraordinaria resonancia en el Río de la Plata.

Las discusiones a que aludo, con don Mateo Magariños Cervantes sobre los males del caudillaje, con don José Pedro Ramírez ocupándose de política uruguaya, con don Manuel Herrera y Obes a propósito de la paz de 1851, con don Pedro Goyena acerca de la estatua de Mazzini, con el general Mitre por razón de la Triple Alianza, con don Alejandro Magariños Cervantes, impugnando el significado del monumento de la Florida, y algunas otras controversias, mantuvieron siempre fija la atención popular sobre sus condiciones de escritor: y puede decirse sin exageración que ningún periodista

ha sido leído con más interés que él en ambas márgenes del Plata.

Con estas polémicas matizaba otras publicaciones que no tenían más origen que el de poner su autoridad moral al servicio de una causa justa cuando notaba extravíos en la opinión dominante. Pero fueron las polémicas aludidas las que más llamaron la atención; y se notó en ellas, para honor del doctor Gómez, que todos sus antagonistas, no obstante la pasión que pusieron en la defensa de sus opiniones, respetaron siempre el móvil levantado que guiaba la pluma del ex Ministro del Triunvirato. Se cambiaron, sin duda, en la discusión frases aceradas, a las veces hirientes, sin que jamás se pusiese en tela de juicio la sinceridad y altura de miras del doctor Gómez; y don Mateo Magariños Cervantes, con quien mantuvo una de las más violentas controversias, llegó a decirle:

“ La salvedad que quiero hacer, es la de proclamar que, si tuviese un puesto en la futura Asamblea, le daría mi voto para Presidente, porque no obstante la podredumbre que él solo divisa en el fondo de nuestra sociedad, hoy la considero preparada para soportar un magistrado de la talla de don Juan Carlos Gómez. ”

Por desgracia, en tierra uruguaya jamás ha sido posible que hombres como Juan Carlos Gómez alcanzasen la primera magistratura, o fuesen siquiera candidatos!

Más felices los argentinos, vieron en el sillón presidencial a Rivadavia, Mitre, Sarmiento, Avellaneda y Roque Sáenz Peña!

De los asuntos de interés público que trató el doctor Gómez en la prensa, merece especial mención el artículo que escribiera con motivo del fusilamiento del Emperador Maximiliano.

Cuando llegó al Río de la Plata la noticia de esa ejecución, algunos periódicos, espontáneamente o insti-

gados por los agentes diplomáticos europeos y por algunos extranjeros que se indignaban ante la barbarie americana de decretar la última pena a todo un Emperador, pusieron el grito en el cielo por tamaña falta de respeto contra el viejo mundo conquistador y monárquico. La sensiblería, real o fingida, empezó a hacer camino, y a la compasión por un desgraciado cualquiera, siguió poco menos que la glorificación del ajusticiado de Querétaro.

Los piadosos santificadores de Maximiliano, olvidaban que ese aventurero austriaco había sido el principal cómplice de Napoleón III en el propósito infame de cambiar los destinos de la América libre.

No recordaban aquella desvergüenza del autócrata francés, cuando en sus instrucciones al general Forey, le decía, entre otras cosas, esto:

“ Que era su intención establecer en México una monarquía que restituyese a la raza latina de ese lado del Atlántico, toda su fuerza y prestigio; dar seguridad a las colonias de las islas occidentales, tanto francesas como españolas; y asegurar los intereses y la influencia de Francia en el continente de América, impidiendo al pueblo de los Estados Unidos apoderarse del golfo mexicano, desde donde dominaría las Antillas y la América del Sud, convirtiéndose en dispensador único de la producción del nuevo mundo. ”

Olvidaban también los improvisados amantes de la memoria de Maximiliano, que este generoso protector del pueblo azteca, con fecha 2 de octubre de 1865, había declarado en una proclama, bandoleros, asesinos, ladrones e incendiarios a todos los súbditos que tenían la osadía de levantarse en armas con la bandera de sus principios republicanos; y con tal motivo concluía su proclama diciendo:

“ El Gobierno, fuerte en su poder, será desde hoy inflexible para el castigo, puesto que así lo demandan

los fueros de la civilización, los derechos de la humanidad y las exigencias de la moral. ”

Y efectivamente fué “inflexible”. Su palabra de Emperador resultó abonada en el terreno de los hechos. Prisionero que se tomaba, era inmediatamente ejecutado, fuera general o soldado raso.

Los que no tenían en cuenta estas atrocidades y las circunstancias en que las ordenaba el aventurero austriaco, se espantaban de que a él también le hubiese llegado el turno de sufrir la misma pena que había impuesto a millares de inocentes.

Juan Carlos Gómez escribió para restablecer la verdad una página político-literaria, que cedo a la tentación de reproducir íntegra. Hela aquí:

“ *El crimen y la pena* ”

“ ¡Qué eterna lucha es esta de la verdad, no sólo contra el error sincero y convencido, sino, lo que es peor, contra la explotación maquiavélica de la mentira, que como las falsas devotas, toma los aires de la santidad, de todos los buenos y nobles sentimientos! ”

“ Los monarcas y los césares, y el elemento *personal* de todos los pueblos, han levantado un grito de horror a la noticia de la ejecución de la sentencia que condenó a Maximiliano, y han hecho coro a gritos contra la pretendida ferocidad del Presidente de México, Benito Juárez.

“ Explotan las naturales repugnancias de la humanidad al derramamiento de sangre, y los sentimientos elevados del alma que anatematizan la pena de muerte como un resto de la antigua barbarie.

“ Pero si es sincera esa pasión por la *inviolabilidad de la vida humana*, que se pronuncia hoy con tanta vehemencia, ¿por qué el parlamento inglés no ha abolido la pena de muerte, que acaban de aplicar sus tribunales

a los fenianos de Irlanda? Eso sería más lógico y más noble para la Inglaterra, que ver la paja en el ojo de México, porque aplica la pena de muerte de sus leyes, y no ve la viga en el suyo, cuando la reserva en sus códigos para algún futuro O'Connell.

“ Si es sincero ese amor a la *inviolabilidad de la vida humana*, ¿por qué Napoleón III, omnipotente en Francia, no hace borrar la pena de muerte de los códigos franceses, y en vez de guardarla en ellos, entra en su arsenal de armas, para hacerla efectiva mañana en algún otro Orsini?

“ La pena de muerte está condenada hoy por la razón y por el corazón de todos los hombres que piensan y sienten.

“ Pero, ella existe en todos los códigos de los pueblos más civilizados y cultos.

“ Ella se aplica todos los días en las naciones más adelantadas, a los delitos.

“ Los jueces no pueden prescindir de aplicarla con todo el dolor de su alma, porque los jueces no son legisladores y tienen que ser los primeros en obedecer y cumplir las leyes.

“ Maximiliano fué sometido en México a sus jueces naturales, y no a un tribunal extraordinario, como se ha pretendido hacer creer.

“ El consejo de guerra, a quien competía en México, como hubiera competido en París, en Londres, en Washington, el conocimiento del delito de Maximiliano, lo declaró delincuente, e impuso a su delito la pena de muerte.

“ Juárez, como Presidente de la República, “debió usar de clemencia”, se grita.

“ Pero la *clemencia* es una palabra para el uso exclusivo de los reyes y de los tiranos.

“ La *clemencia* no es una facultad que constitución alguna de un pueblo libre dé a sus mandatarios, porque

la clemencia importaría la facultad de violar las leyes para favorecer a criminales, de que se harían los Presidentes instrumento.

“ En los Estados Unidos del Norte, el pueblo más libre del mundo, y en donde el derecho ha alcanzado su más completa expresión en la ley, el Presidente de la República no tiene la facultad de la clemencia.

“ La facultad que las constituciones republicanas dan a los Presidentes, es la de *conmutar la pena de muerte por la superior inmediata*, de manera que el criminal nunca puede dejar de ser castigado con una grave pena.

“ La pena superior inmediata a la pena de muerte, en los códigos de México, como en los nuestros, más benignos que los de Francia e Inglaterra, (que contienen la de *prisión perpetua*), es la pena de diez años de presidio y trabajos públicos.

“ Juárez pudo conmutar la pena de muerte a Maximiliano por la de diez años de trabajo, y nada más.

“ ¿Debió hacerlo?

“ Creo que en la posición de Juárez, yo lo hubiera hecho, por respeto a la inviolabilidad de la vida humana, y porque hubiera sido más ejemplar, para escarmiento de aventureros ambiciosos, y engrandecimiento de la democracia, hacer a un Emperador empedrar las calles y limpiar las cloacas, que acordarle la dignidad del patíbulo y la simpatía de la tragedia.

“ Juárez fué más humano, haciendo cumplir la sentencia, que dió a Maximiliano el decoro de la desgracia.

“ Juárez hubiera sido menos humano, pero más austero republicano, y político de más temple y de más alcance, si le hubiera conmutado la pena, enalteciendo el principio de la inviolabilidad de la vida y echando la corona de los reyes a la basura.

“ Esto, en cuanto a Juárez, dada la sentencia de los jueces.

“ Ahora, en cuanto a la sentencia de los jueces, hecho independiente de la conducta de Juárez y que no afecta su responsabilidad legal ni moral, ante la opinión y la historia, ¿es inicua esa sentencia, como se pretende, es siquiera injusta, como muchas sentencias de las que pronuncian todos los días los mismos tribunales de Francia e Inglaterra? ”

“ Maximiliano era un criminal — este es punto fuera de controversia. ”

“ Maximiliano vino a derribar la constitución de México, la que había sido sancionada por la soberanía del pueblo, y jurada por los mismos jefes con que pretendió él constituirse un partido. ”

“ ¿Cómo sería considerado en Inglaterra por la ley inglesa, el que fuese a derribar el trono de la reina Victoria y a fundar en Londres la República, si cayese en manos de las actuales cortes inglesas? ”

“ ¿Cómo sería considerado en Francia el que fuese a derribar el Imperio, y a crear la República? ”

“ Maximiliano tenía ese primer crimen, atentar a fuerza armada contra la constitución de México, sus instituciones, su gobierno legal, etc., etc. ”

“ Pero, no era ese su único crimen. ”

“ Tenía también el de haber llevado a México una invasión extranjera para suprimir su independencia. ”

“ ¿Cómo considerarían las cortes inglesas al que llevase un ejército prusiano o ruso para imponer un gobierno a la Inglaterra? ”

“ No hablemos de la Francia, porque allí no hay más leyes que la voluntad de Luis Bonaparte. ”

“ Tenía otro crimen, y era haber promovido, o apoyado, la traición de los mexicanos contra su independencia, su soberanía y su Constitución. ”

“ ¿Cómo sería considerado en Inglaterra, el país más libre de Europa, el que indujese a traición, o aceptase la traición de generales ingleses para coronar en Londres a un príncipe extranjero? ”

“ Y tenía otro crimen más odioso, y más negro todavía, *el asesinato*. ”

“ Maximiliano había *asesinado*, es la palabra verdadera, a los generales Arteaga y Salazar, y otros muchos, por el delito de defender la Patria, sostener la ley y cumplir el deber. ”

“ Matar con derecho, como Juárez, es una dura necesidad, impuesta por las leyes. ”

“ Matar sin derecho, como Maximiliano, es asesinato, en que la voluntad y el libre albedrío, obran sin imposición de ningún poder o fuerza superior. ”

“ Matar un criminal, en cumplimiento de las leyes de su país, es un deber terrible. ”

“ Pero *matar a inocentes, a beneméritos*, ante la conciencia de todos los pueblos y de todos los hombres, es el más inicuo y el más infame de los crímenes. ”

“ Maximiliano tenía este crimen encima de todos los otros. ”

“ El consejo de guerra no hizo más que estricta justicia en colocarle en la primera categoría de los criminales y aplicarle la pena a que las leyes los sujetan. ”

“ Lo que es curioso es que esos señores adoradores del cesarismo de Napoleón III, y de las monarquías de derecho humano o divino, nos hablen de humanidad, de derecho, de moral, y de santidades extrañas a su calendario. ”

“ Ellos profesan un derecho en su favor y otro contra sus enemigos. ”

“ Forey, al intimar rendición a discreción a Puebla, le prevenía que si no lo hacía en veinticuatro horas, pasaría toda la guarnición a filo de espada, en virtud del derecho de la guerra. ”

“ Ese era el derecho de la guerra para los enemigos de Bonaparte, que defendían su Patria y cumplían su deber de ciudadanos. ”

“ Pero, *fusilar*, menos que pasar a filo de espada, a

un cuarto de siglo, objetó que en este período se han formado jóvenes más capaces que él de levantar la opinión pública con gran tesoro de ideas, con el calor que no han helado los años, y la pasión de partido, no extinguida por las tristes enseñanzas del tiempo, que mueve y arrastra.

“ Precisamente es eso lo que necesitamos, se contestó — el juicio tranquilo, que da la larga ausencia de la lucha política, y la experiencia de los hechos, que se han contemplado sin entusiasmo y sin rencor, porque el objetivo actual de la prensa no es exaltar, sino convencer, oponer una opinión pública, fuerte por la serenidad y la firmeza de su acción, a las tumultuosas agitaciones que vienen levantando en este Océano de la vida popular, las corrientes de los errores pasados.

“ Cediendo con modestia a superior criterio, que exige a la buena voluntad, levantar la espada del Cid con la mano entumecida por la inercia, tomo la pluma que deja Sarmiento. ”

En las precedentes líneas están puestas de relieve dos de las fases características en la vida del doctor Gómez: su exageración de males imaginarios y su devorador pesimismo.

Así como en 1859 veía con los más negros colores la situación anárquica de la Argentina, y en 1867 temía su próxima disolución, soñaba de igual manera en 1879 con “dos monstruosos gemelos, un año veinte y un año cuarenta”.

Esta vez como las anteriores, sus cálculos resultaron fallidos. Fué a la prensa con el propósito de prestigiar la candidatura de Sarmiento para el siguiente período presidencial, porque lo espantaba, como a muchos de los prohombres argentinos, la primera magistratura en manos de un general de treinta y siete años, querido en el ejército.

Pero el general Roca no resultó un ambicioso vulgar,

y lejos de eso se mostró el estadista sereno, cuya memoria hoy aman y respetan todos sus conciudadanos, por las pruebas que de su patriotismo elevado y de su capacidad política diera en los dos períodos en que le tocó ser Presidente de la República.

Como el doctor Gómez tenía siempre fija la mirada en la tierra de su cuna, lo tranquilizaba poco la perspectiva de un soldado feliz rigiendo los destinos de la Argentina, cuando contemplaba en la opuesta orilla del Plata a la República uruguaya en manos de un militarote brutal como Latorre, que no podía, en manera alguna, constituir un aliciente para encontrar que era lo mismo en la Argentina que gobernase Roca o Sarmiento.

Combatió, pues, con tesón y con energía la candidatura del joven general que iba a suceder en el mando al doctor Avellaneda.

El artículo que contenía el programa a que debiera ajustarse en su postrer campaña periodística, terminaba con estas palabras:

“ Empecemos por no dudar de la existencia de una opinión pública, que puede estar aletargada, y oír indiferente el ruido de las estériles contiendas políticas, con que creen atronar los ámbitos los partidos de un día, pero que despertará enérgica y activa ante un verdadero peligro. Empecemos por confiar en ese poder invisible, como el del ángel de la lucha con Jacob, que arrojó de su inmenso pedestal la gigante tiranía de Rosas, barrió del suelo las porfiadas resistencias cimentadas en los veinte años de una dominación absoluta, dominó la prepotencia glorificada que se personificó en el general Urquiza, y luchando siempre, sufriendo un día un contraste, cediendo otro a una necesidad, fué reduciendo el tamaño del adversario, de Rosas al Chacho, engrandeciendo su talla, desde una minoría dispersa hasta una nación constituída.

“ La lucha ha tomado otra faz. Los caudillos, como los viejos Dioses, se han ido. Pero los elementos sociales que ellos representaban han quedado, y han engrosado sus filas con todas las fuerzas nocivas que crea una civilización vigorosa, porque es una ley fatal que cuanto mayor es la luz mayor es la sombra que la contrasta. Como el salvaje de la Pampa se arma de rémington, para defender sus guaridas, en que relega su inútil lanza de tres varas, el personalismo se atavía con todos los signos del progreso moderno, y se asocia fuerzas, que esta transformación le proporciona. El personalismo político se ha renovado y se ha robustecido para su última batalla. Agrupémonos, pues, ante el peligro en torno de la gran bandera popular, con que el país fundó las instituciones, y aspira a vivir y crecer bajo la soberanía del derecho.

“ La cuestión va a decidirse definitivamente, por un cuarto de siglo, en la próxima elección presidencial. Tengamos nuestra elección Lincoln, venga un Presidente de opinión pública, y habremos concluido por ser un pueblo y por descansar en la libertad y en la paz de las instituciones. ”

Como para prestigiar al joven candidato se recurriera a toda clase de extravagancias, se hizo el doctor Gómez cargo de la extraña teoría de que los hombres de experiencia eran inútiles en política, y que a la juventud únicamente correspondía el derecho de regir las sociedades; y al hacerse cargo de tan original manera de pensar, decía:

“ El gobierno de las sociedades es una ciencia experimental, y no pueden formarse maestros en ella, como en cualquier otra ciencia, sino por el estudio, la observación y el experimento, que requieren aptitudes y tiempo.

“ Por eso, son raros en todos los pueblos los hombres de gobierno, y contados los candidatos.

“ La Alemania, con el inmenso desarrollo que han tomado en ella los conocimientos, no tiene más que un hombre de Estado, Bismarck, a quien no se descubre todavía el sucesor o el reemplazante. La Inglaterra no sale de Disraeli y Gladstone, y la Francia apenas tiene en la actualidad republicana a Gambetta.

“ Los grandes telescopios con que se descubren los espacios del infinito son contados, y no se alcanzaría jamás a contemplar los anillos de Saturno con simples vidrios de aumento.

“ Estas son verdades de sentido común, pero hay necesidad de hacer pasar monedas sin circulación electoral, y se inventan teorías contra el saber y la experiencia, desterrándolos coronados de flores, como los poetas de la República de Platón.

“ En las aberraciones de la demagogia, se llegó a sostener que la ignorancia debía estar representada en los parlamentos, y constituir un elemento indispensable del gobierno.

“ Entre nosotros, en odio a los hombres superiores, se va más lejos, y se hace de la inexperiencia un título para regir las sociedades.

“ Afuera los viejos sabios y experimentados, se grita. Vengan los jóvenes: audaces, porque en las travesías democráticas no es la experiencia, sino el coraje, que salva.

“ Pero si vais excluyendo los más viejos, los de treinta excluirán a los de cuarenta, los de veinte a los de treinta, y reclamarán el derecho de gobernarnos, los recién nacidos. ”

Como el candidato presidencial deslizase en un discurso frases que el doctor Gómez consideró inconvenientes, las comentó en esta forma:

“ Llevado por esas ideas, sin apercibirse que se hacía eco de las envidias y malquerencias de la mediocridad contra los hombres superiores, ha declamado

contra los gobiernos teatrales y políticos, protestando que él haría un gobierno de labor y de trabajo, consagrado a las riquezas materiales. ” Y después de algunas otras consideraciones agregaba:

“ El prototipo del gobierno imaginado por el general Roca en su discurso, reside en cuerpo y alma en la otra orilla del Plata. Gobierno de labor y de trabajo, ocupado de las riquezas materiales, sofocada toda tendencia que no se encamine al simple bienestar de comer y dormir, del pan y toros, suprimiendo todo escenario político, para que nada quede de teatral, *a no ser alguna que otra tragedia representada a puerta cerrada en los cuarteles*, el de Latorre, es el modelo, el ideal, que resulta del discurso del general Roca, tan aplaudido y elogiado por sus crueles amigos.

“ Puede estar seguro el general Roca que al criticar y estigmatizar esas ideas, de que se ha hecho eco, no nos mueve ninguna prevención contra su personalidad, que nunca hemos tratado de amenguar, ni la menor intención de hacerlo desmerecer como orador u hombre público, sino la necesidad imperiosa de no consentir que pasen aquí en autoridad de cosa juzgada, erróneos conceptos del gobierno, falsas apreciaciones de las conveniencias sociales difundidas por los egoísmos de las medianías y de las vulgaridades, de cuyos deplorables y dolorosos resultados da tan cercano y actual testimonio la infortunada Patria de los orientales. ”

En los diez meses de su campaña en “El Nacional”, esencialmente encaminada hacia un propósito electoral, no dejó, sin embargo, el doctor Gómez de ocuparse de cuando en cuando de los asuntos del país de su nacimiento; y con especialidad dedicó algunas columnas del diario a su persistente quimera de una nueva nacionalidad sobre la base de las antiguas provincias unidas.

Refiriéndose un día al brillante papel que en la política y la literatura desempeñaban en la Argentina Lu-

cio Vicente López y Miguel Cané, “que recibieron la primer caricia materna y el primer rayo de luz del cielo” en tierra uruguaya, exclamaba:

“ ¡Cuántos talentos culminantes perdidos en Montevideo para su nombradía y el lustre de la Patria, en ese raquitismo de la estrecha vida de aldea! Las inteligencias orientales expían, en un verdadero suicidio, su idolatría de Artigas. El tiempo ha de convencerlas que las grandes especies no nacen, no habitan en las islas, en los reducidos espacios, sino en los grandes continentes del globo.

“ Dos orientales trasplantados al vasto territorio de una nación, por decir así, continental, son Miguel Cané y Lucio V. López. La semilla es la misma. Estos eucaliptos, suben a las nubes; no pasarían de dos arbustos rastreros, en una existencia de provincia. ¿Qué serían Dalmacio Vélez, Domingo Sarmiento, Bartolomé Mitre, si Córdoba, San Juan y la misma Buenos Aires hubieran sido independientes naciones? Nada más que tres pigmeos en la literatura y en la política. ”

No cabe duda alguna de que hay cierta dosis de crueldad en estas apreciaciones y un visible desconocimiento de nuestros destinos; pero el doctor Gómez escribía viendo a su Patria en las garras de Latorre, y cuando se habla de un país que vive en afrentosa tiranía, el espíritu no tiene lugar a espaciarse por el cielo de las grandes esperanzas, sino que, por el contrario, gime bajo la impresión de los más tristes augurios.

El doctor Gómez olvidaba que hay en la República sitio para más de veinticinco millones de habitantes. que bajo la protección de las instituciones libres pueden vivir holgadamente. Olvidaba también que, como lo he dicho en otra parte de este libro, con la Argentina, el Brasil y Chile, es nuestro país uno de los cuatro exponentes de la mayor cultura y civilización de la América Latina.

Y si en el mundo internacional no desempeñamos el mismo papel que nuestras tres hermanas, y se nos ha excluido del arbitraje llevado por ellas a cabo en el conflicto de Norte América con México, eso se debe a que no tenemos siquiera tres o cuatro millones de habitantes y a que nuestro territorio está siendo teatro de ensayos socialistas y anarquistas, que desacreditan en vez de favorecer a la Nación. Día vendrá en que cese la despoblación producida por los caudillos, la guerra civil y los malos gobiernos, y en que a las situaciones de sobresalto y de alarma sucedan las administraciones serias; y entonces no habrá quién dude del porvenir que el destino a la Patria le reserve.

Las frecuentes resurrecciones que de su eterna quimera se permitía el doctor Gómez, en las columnas de "El Nacional", le valieron en 1879 y 1880, como en 1867, las más tremendas diatribas por parte de sus compatriotas.

Fué una excepción a los escritos envenenados, una carta del doctor Gregorio Pérez Gomar, en que partiendo de la base de que la voluntad del pueblo uruguayo se había manifestado inequívocamente en sentido contrario a toda Federación, creía que si ésta era aceptable de un punto de vista teórico, carecía, en cambio, de todo objetivo práctico.

Unos jóvenes de Dolores, también, como el doctor Pérez Gomar, se exhibieron contradictores en forma moderada y a ellos contestó el doctor Gómez, zurriagando de paso a los iracundos que lo insultaban desde Montevideo; y con tal motivo decía:

"Tomo un rincón que encuentro hoy desocupado en las columnas de "El Nacional", para departir con mis jóvenes compatriotas, asilados hoy en esta provincia, que se han dirigido a mí desde la prensa de Dolores. Ellos me obligan, porque lejos de poner sangre en el rojo de su paleta, como se decía de un pintor célebre, y

como lo hacen otros jóvenes de Montevideo, que me recuerdan a los yatchs de regatas, mucho lujo de imaginación, mucho velamen de sentimentalismo, y poco lastre de elevación de alma, de meditación seria, de estudio sincero, de amor a la verdad, muy veleros en las aguas bonancibles, pero en que nadie arrostraría largos viajes ni tormentosos mares; los jóvenes de Dolores hacen justicia a la rectitud de mi pensamiento y al patriotismo de mis propósitos, que conceptúan un error o un sueño, y son un crimen para aquellos legítimos descendientes de Torgués, que soltaba sus perros en las calles de Montevideo contra los que no trajesen el chiripá y la bota de pellejo, cuando encendía el fogón para calentar el mate, en la Sala de Gobierno."

Después de diez meses de redacción de "El Nacional", la dejó el doctor Gómez el 3 de julio de 1880, con un artículo de despedida y una carta a don Samuel Alberú.

La cuestión de la capital de la Argentina en Buenos Aires, que se había presentado con los más negros presagios, se solucionó por un acuerdo patriótico. Días serenos iban a suceder a los nebulosos; y como la lucha en sus manifestaciones más graves había cesado, creyó el doctor Gómez que, por el momento, no tenía ningún papel que desempeñar en la prensa.

En su despedida expresó entre otras cosas, lo siguiente:

"La paz está conquistada. Mi compromiso conmigo mismo está llenado, y mi jornada ha concluído. Salvas las instituciones, la cuestión de libertad, oscurecida por una nube negra en el cielo de la República, queda pendiente de la buena fe en la ejecución del pacto de paz y de la elevación de vistas del Congreso.

"Van a debatirla los partidos, de que no formo ni quiero formar parte. Se ha conseguido de ellos lo que les pedía, lo que mi experiencia veía y hoy reconocen

ellos, que ya se ha visto que es la opinión y no la fuerza la que debe emplearse para llegar a una solución conveniente. ”

“ Dejo la prensa, tal vez para siempre, con esa vaga tristeza del obrero, que después de una tarea en los campos abiertos del pensamiento, torna al encierro del taller, al trabajo sin descanso y sin término para el pan de cada día. ”

En la carta a don Samuel Alberú se expresaba en la forma siguiente:

“ Le mando mi despedida. El cariño a “El Nacional”, ya viejo amigo, que tuve en mis rodillas en los primeros días de su infancia, me hará más de una vez ocupar mis ocios en borrar carillas de papel, que firmaré siempre con mi nombre en sus columnas, para que no cuelguen a otros mis pecados.

“ El niño de aquellos tiempos se hizo el titán de la prensa, que ha subido en sus brazos a todos los que le dieron de comer, — yo exceptuado, — a las cumbres del poder y de la influencia. No lo deje gastar en las disipaciones de la bacanal política sus fuerzas atléticas, y salve su elevación moral por el porvenir de su país y de su fortuna.

“ Siento no poder complacerlo en permanecer en la redacción, cuando usted y toda la gente de “El Nacional” me han dispensado tanta consideración y deferencia. Puedo decir que he vivido diez meses entre amigos, y esto deja rastros en el fondo del alma. ”

En los precedentes escritos se transparenta un melancólico desahogo del alma al par que la estoica altivez de todas las épocas de su vida. Se despide de la prensa “tal vez para siempre”, porque aunque no lo dice, ya se sentía achacoso. Se ilusiona con que de cuando en cuando, para ella ha de “borrar carillas de papel”; y no se olvida de decir que “El Nacional”, con la sola

excepción de su persona, elevó a todos sus redactores “a las cumbres del poder y de la influencia”. A él también lo habría alzado en sus hombros, si imitando a algunos de sus más agresivos denostadores, hubiese estado dispuesto a cambiar su nacionalidad uruguaya. Pero él se hallaba muy lejos de sus compatriotas que por un plato de lentejas cualquiera, una jubilación o un empleo, se declararon argentinos.

Bien sabía él lo que le costaba haber permanecido fiel al amor de su Patria; y así en la polémica con don Alejandro Magariños Cervantes habían brotado de su pluma palabras tan nobles y hermosas como éstas:

“ Nací el año veinte, el año de las montoneras y de las independencias. No había entonces nacionalidad oriental. El Estado Oriental era una provincia argentina. Era, pues, ciudadano natural de la República Argentina. He podido hacerme reconocer tal, y calcule usted el camino que hubieran hecho mis ambiciones, si las hubiera abrigado, desde 1852, en este ancho campo en que aspirar a la posición encumbrada y a la fortuna deslumbradora. Los hijos de los emigrados nacidos bajo la bandera oriental, se han hecho declarar argentinos, y han sido diputados, senadores, ministros, y tal vez llegue alguno a calzarse la presidencia.

“ Yo preferí a esa tentación de la montaña, correr la suerte adversa de mi provincia natal, por falta de corazón, no abandonando a la madre en sus horas de tribulaciones, sufriendo su mala fortuna, corriendo sus tempestades, zozobrando en sus naufragios, hasta encontrarme solo en la playa, aterido y desnudo.

“ Yo preferí, por falta de patriotismo, ser el ciudadano de una pobre provincia, asolada por la guerra, descuartizada por los caudillos, a ser prócer de una grande y próspera República, o magnate de un opulento y vasto imperio. ”

Consecuente toda su vida con declaraciones como la que precede, declinó el honor del rectorado de la Universidad de Buenos Aires, porque para aceptarlo se habría visto compelido a perder su ciudadanía uruguaya; y esto no lo habría hecho jamás por conveniencia alguna.

Bien sabía él lo que le costaba la sacrosanta fidelidad a la suerte de la tierra de su nacimiento; y muchas veces oyó de sus contradictores en la prensa argentina que se le negaba el derecho de discutir ciertas cuestiones, arrojándole al rostro el estigma de "extranjero"; y de la debilidad de esgrimir semejante argumento contra el doctor Gómez no se libró el mismo general Mitre, a pesar de la elevación de su carácter; y utilizó el vulgar estribillo en la polémica de la Triple Alianza.

Recogió el guante esta vez el publicista uruguayo y contestó:

" No me he de callar, general, porque estoy tan interesado como usted, tan apasionado como usted, sin la irritación que rebaja su altura; porque la alianza no es un suceso puramente de la Confederación Argentina, a cuyo nombre me niega usted ruinmente el derecho de discutirla como extranjero, sino también un hecho oriental que ha costado a los orientales mucha sangre, derramada por su imprevisión política y su desacierto militar. "

El doctor Gómez, por cuya mente jamás cruzó la idea de desempeñar un cargo público en la Argentina, lamentaba sinceramente su alejamiento de una posición oficial en su país a que no podía aspirar dada la clase de gobiernos que se venían sucediendo; y así dos años antes de que acaeciese su fallecimiento, decía en carta a don Pedro Bustamante:

" Hemos sido muy desgraciados en haber venido al mundo con nuestras ideas y sentimientos en la época que nos ha tocado, condenados a una injusta inutilidad,

con los medios de haber sido muy útiles a nuestro país y muy dignos de la felicidad de gozar del bien que podíamos hacer. "

Esto lo escribía en plena dominación de Santos; y con tal motivo en la misma carta se expresaba así:

" Yo esquivo hablar de la Patria. La vergüenza se me sube al rostro cuando alguno me la nombra, porque es imposible descender a más bajo nivel un pueblo que se mostró capaz de tanto heroísmo. "

Los sentimientos patrióticos del doctor Gómez eran los predominantes en su corazón; y el amor a la tierra de su cuna le hacía siempre ver días prósperos para ella en un porvenir más o menos lejano; de modo que en su alma apasionada y generosa, sucedían de continuo a los torcedores de la decepción, las fascinadoras visiones de la esperanza.

La polémica mantenida con el general Mitre sobre la Triple Alianza, a pesar de haber dado mérito a punzantes alfilerazos y también a una que otra apreciación de subido color, no dejó, empero, por mucho tiempo, tirantez en las antiguas y amistosas vinculaciones de esos dos grandes hombres; y así fué que en una reunión íntima en que ambos se encontraron cuatro años después de la célebre polémica, pudo el doctor Gómez halagarse con el vaticinio para el pueblo uruguayo, por desgracia aún no realizado, de que fuese ese pueblo en América el germen poderoso que fecundizara la augusta Libertad.

He aquí las palabras del doctor Gómez sobre ese particular:

" El general Mitre, en una animada conversación de amigos, hablándose de la *virgen Libertad*, decía días pasados, con mucho chiste y una profunda filosofía, que es lástima que la *virgen Libertad*, no haya encontrado todavía en América un pueblo viril que la fecunde y le haga dar sus preciosos frutos. En mi orgullo de al-

deano, tengo para mis adentros que ese pueblo oriental, en el estrecho límite de una pequeña República, escasa de habitantes, torturada por tan crueles dolores, está llamado, como todo Cristo, a grandes hechos y grandes resultados, y tiene en sus músculos de acero y en sus nervios electrizados la virilidad necesaria para fecundar a la *virgen Libertad* y llenar la aspiración de mi viejo amigo de colegio. ”

Los que le niegan todo sentimiento de civismo no alcanzarán el sentido de estas palabras del doctor Gómez, porque para ellos la quimera de la reconstitución de las provincias unidas les da el derecho de negarle el agua y el fuego a quien aún dentro de sus utópicas opiniones manifestó siempre, que las sometía al fallo de sus conciudadanos, en la seguridad de que la soberanía nacional lo apoyaría, inclinándose reverente, en caso contrario, ante el voto de sus conciudadanos.

Resulta, pues, que la única mácula que se pretende hallar en su vida política, fué la de profesar una opinión que en último resorte dejaba a la voluntad del pueblo, para que éste ejerciese el derecho indiscutible de aceptar la idea o de imponer su rechazo.

Presumo que de buena fe ya no haya en la República quien haga al doctor Gómez capítulo de acusación por haber vivido enamorado de una quimera que, en su concepto, importaba el engrandecimiento de la Patria.

Fué otro de sus errores la persistencia en sostener que, impuesta la vida independiente por un pacto internacional en que no fuimos parte, ese vicio original perduraba después de sancionarse la Constitución del Estado, aprobada por poderes extraños.

Tenía de su parte el doctor Gómez toda la razón cuando recordaba ese antecedente como un hecho histórico indiscutible, y le sobraba también al alegar que la revolución de 1825 fué puramente provincial y con el objeto de que el territorio convulsionado se incorpo-

rarse a sus antiguas hermanas; y pudo haber agregado que el sentimiento y la esperanza de la reincorporación subsistieron hasta el momento mismo en que los constituyentes sancionaron la última disposición del Código de 1830.

El artículo 159 de ese Código no se explica, como ya se ha dicho en otro lugar de este libro, sino con un propósito de futura Confederación. No podría suponerse que se pensara por los legisladores de la época en el fin ulterior de un cambio del sistema unitario por el federal dentro del Estado, porque eso pudieron hacerlo desde el primer instante, creando provincias en vez de departamentos; y tal cosa tampoco significaría precisamente cambio en la forma de gobierno, desde que en uno u otro caso, unitario o federal, era siempre gobierno republicano; y debe, desde luego, desterrarse por absurda la idea de que soñasen con un régimen monárquico. Al rededor de estas cuestiones, su error fundamental fué el de sostener que el pueblo uruguayo no haya sancionado con manifestaciones inequívocas de explícita voluntad, la Constitución que lo rige. Las generaciones que batallaron por la independencia desde 1825, y la Asamblea que discutió y sancionó el Código Político de 1830, es indudable que estuvieron apegadas a la idea de la Federación, como antes lo había estado Artigas a su manera; pero es igualmente un hecho indiscutible que después de jurada la Constitución, la idea de la nacionalidad se arraigó en todos los corazones, produciéndose una ratificación espontánea y constante de la independencia impuesta en 1828, sin consultar al pueblo que se constituía en nación.

Los caudillos y los partidos tradicionales en la llanura o en el gobierno, innegable es que desnaturalizaron la idea de la autonomía nacional con tratados ignominiosos y proyectos de pactos internacionales y el constante pordioseo de las intervenciones extranjeras. Pero

hace ya muchos años, y algunos de ellos alcanzó el doctor Gómez, que ningún gobierno se ha atrevido, con el consentimiento del pueblo, a mendigar la protección de otras naciones; y, mal o bien, ha sido con elementos exclusivamente nacionales que se han resuelto las hondas querellas y estériles agitaciones de que aún no ha podido librarse la infortunada patria uruguaya.

Dentro de su misma utopía reorganizadora de las Provincias Unidas, sus argumentos resultaban a las veces débiles; y así cuando recordaba que muchas naciones hoy unificadas vivieron por largos años divididas en pequeños Estados sin vinculación entre sí, olvidaba que la unidad, aunque fuese una aspiración generalizada, se produjo a la postre por las imposiciones de la fuerza y de la guerra, y en algunas naciones como Italia, con la ayuda del extranjero. Mal venían, pues, estos antecedentes como justificativos de una tesis para el logro de cuyas conclusiones el doctor Gómez apelaba al fallo exclusivo de la soberanía popular.

Creo también que al hablar de la cruzada de los Treinta y Tres y de las resoluciones de la Asamblea de la Florida, no les daba la gloriosa importancia que en sí entrañan. Heroicos gritos de Independencia, poco importa que se diesen a nombre de la provincia, porque la provincia era entonces la Patria. La Nación creada en 1828 no existía aún ni siquiera en el pensamiento de los soldados de Sarandí e Ituzaingó, ni de los varones consulares de las Asambleas revolucionarias; pero las aspiraciones a la libertad y a la independencia de todo poder extranjero, eran suficientes para glorificar los actos que en nombre de la Patria que entonces existía, se llevaban a cabo con abnegación y valor indomable.

Por esto, sin falsificar las anales históricos, cabe decir que el 25 de agosto de 1825 es nuestra gloria más

indiscutible, hija sola de los uruguayos que, sin contar el número de sus enemigos y sin tener la seguridad absoluta de la ayuda que después les vino, hicieron por sí mismos la declaratoria de su independencia y la sellaron con su sangre en el Rincón y Sarandí.

En todas esas nobles manifestaciones de heroico patriotismo, actuando a nombre de una provincia se echaba la base de la futura nacionalidad que las circunstancias impondrían más tarde.

Commemorando, pues, el 25 de agosto de 1825, podemos estar los uruguayos seguros de que rendimos culto a la más pura de nuestras glorias.

El cargo que se le ha hecho por la larga ausencia de la tierra de su cuna, no es del todo justificado; y nadie sería en Francia osado a criticar a Víctor Hugo su voluntario ostracismo durante el segundo Imperio. No soy yo, seguramente, el más indicado para juzgar con benevolencia en este punto al doctor Gómez, porque la nostalgia me ha invadido siempre que por más de seis meses me he alejado del terruño. En dos oportunidades pude fijar mi residencia en Buenos Aires en condiciones ventajosas, y la última para conducirme por el camino de la fortuna, asociado a un estudio de pingües proventos; pero la idea de alejarme para siempre, o por muchos años, del país en que abrí los ojos a la luz, me aterrorizaba; y nunca he comprendido la feliz tranquilidad de los que, en puestos oficiales o fuera de ellos, viven lustro tras lustro en lejanos países, sin extrañar el cielo y el aire del pedazo de tierra en que nacieron.

Pero el doctor Gómez se hallaba en un caso excepcional. Su temperamento de luchador necesitaba un escenario que su Patria no pudo ofrecerle. Más de una vez quiso venir para fundar un diario político, y fueron los amigos de su mismo credo los que lo disuadieron de la idea, temiendo que un hombre de su austeridad y enemigo de transacciones indecorosas, en vez de uni-

ficar anarquizaría al partido colorado. Venir como un simple vecino para ser testigo de la decadencia institucional del país, sin el medio de contrarrestarla, era, por otra parte, perspectiva muy poco halagüeña para quien desde Buenos Aires podía libremente flagelar a los malos gobernantes uruguayos desde Pereira hasta Santos, que fué el último Presidente que él alcanzó; y puede agregarse también como causa atenuante de su voluntario exilio, que para un ciudadano de sus extraordinarias aptitudes era muy dolorosa la expectativa de condenarse a la obscuridad en su Patria, viendo las funciones públicas en manos de hombres mediocres, cuando no ruines o malvados, disponiendo a su antojo con sus cortesanos, del decoro y del porvenir de la República.

No debe olvidarse, tampoco, sin que ello ceda en encomio del doctor Gómez, que era por naturaleza intranigente, aún con los hombres que no tuviesen otro defecto que el de su ineptitud política. A José E. Ellauri, por ejemplo, le profesó siempre un soberano desdén; y fué sin duda profético cuando dijo de él en carta a un amigo, el 11 de marzo de 1873, lo siguiente:

“ He estudiado los sucesos con perfecta serenidad de ánimo, y en el mejor de los casos para Ellauri, — porque me cuesta atribuir a los hombres móviles indignos, — se me muestra de corazón apocado, incapaz de nada grande, de nada que dé a la Patria importancia y renombre. ”

Penosos y melancólicos fueron los últimos años del doctor Gómez. Siempre la vejez es triste, sin duda lo más triste que ofrece la vida; pero hay ancianos que pueden endulzarla y atenuar en lo posible sus estragos sintiéndose ciudadanos de un pueblo libre, halagados por sus compatriotas y orgullosos de los destinos de la Patria, que contemplasen respetada y dichosa al amparo de las instituciones.

Esto en sumo grado le negó el destino al doctor Gómez, condenado a morir viendo a la República sucesivamente en las garras de dos bandidos como Latorre y Santos.

Por eso, haciendo oír su elocuente palabra ante la tumba de un amigo, algún tiempo atrás, había dejado caer estas frases preñadas de dolor:

“ Los hombres de la época homérica de la Independencia, con sus ochenta años, el rostro entero, las facciones frescas bajo las canas, han ido bajando a la tumba con la sonrisa en los labios. Los hombres de la época de la Libertad, han ido sucumbiendo casi al mismo tiempo, en medio de la vida, con el semblante abatido y el aspecto de la fatiga y de la tristeza. ”

La idea se comprende. Los héroes de la Independencia la habían conquistado; los luchadores por la Libertad no lograron alcanzar el triunfo de sus ideales!

Y todavía pudiera aducirse como causa de sus penas la de tener que renunciar, por razón de sus años, a los encantos de la vida social, en que la cultura de su trato y la distinción de sus maneras le habían dado influencia en los salones y éxitos envidiables entre las hermosas mujeres de los tiempos anteriores a su decadencia física. Extrañaba, sin duda, las conversaciones amenas del Club del Progreso y sus fiestas fecundas en deleites pasajeros, pero de desalentadora recordación para quien ya nada podía esperar de los efímeros triunfos que se alcanzan en los seductores devaneos de una existencia galante que al doctor Gómez le servía de antecedente para el folletín que publicaba con el título de “Hojas Secas”.

Cansado de luchar y de sufrir, sin tener ya nada que esperar en su paso por el mundo, las afecciones morales aliadas a las del cuerpo lo vencieron. Mortificado de tiempo atrás por un tenaz reuma, poco a poco le fué invadiendo la arterio-esclerosis el organismo entero; y

a las diez de la mañana del 25 de mayo de 1884 exhaló su último suspiro en la ciudad de Buenos Aires, en el aniversario de la proclamación del dogma que él había defendido con la entereza de Rivadavia, como si hubiese elegido esa fecha para, ante un rayo de su Sol, despedirse de la existencia en el mismo día que anunció el año 10 la libertad del Río de la Plata.

Desde que su dolencia se acentuó, ninguna ilusión se hizo sobre la suerte que le esperaba; y hasta el momento de entrar en una agonía que se prolongó por muchas horas, se mantuvo resignado y enérgico, sin muestra alguna de angustia por el viaje eterno que iba a emprender. Rodearon el lecho de muerte su yerno el señor Livingson, los doctores Mariano y Luis Varela, el doctor Cantilo, don Federico Rodríguez y algún otro amigo, velándose sus mortales despojos en la casa de su hija doña Elisa Gómez de Livingston, de donde partió el cortejo fúnebre. Había dispuesto que por toda mortaja se le envolviese en una sábana, y así se hizo, dejando ver la tapa de vidrio del ataúd la palidez del rostro en competencia con la blancura de la mortaja. Igualmente había ordenado la cremación de sus restos y que "fuesen las cenizas esparcidas al viento", lo cual no se cumplió.

Enemigo convencido de las religiones reveladas, ordenó con tiempo a su albacea, doctor Benigno A. Jardim, que el entierro fuese puramente civil, y en tal forma se verificó. No quiso eso decir que el doctor Gómez fuese incrédulo ni nada que con la indiferencia tuviese relación. Era deísta y adepto de la moral de Cristo; pero profesaba el mayor desdén por las exterioridades del culto, y con especialidad del católico.

La inhumación de sus restos tuvo el carácter de una verdadera apoteosis. La concurrencia al fúnebre homenaje fué numerosa y escogida. De Montevideo asistieron ciudadanos de las diversas opiniones en que está

dividida la República; y todas las clases sociales de la Argentina y de la Patria del extinto estuvieron bien representadas.

Las oraciones fúnebres fueron dignas de la noble alma cuya envoltura se entregaba a la madre tierra.

El primero que hizo uso de la palabra fué el general Mitre, expresándose en forma magistral, y lo siguió Sarmiento con su verba característica. Lucio Vicente López tuvo una expresión feliz cuando dijo en una de las últimas frases de su discurso:

"La tumba que hoy recibe los despojos de Juan Carlos Gómez podía llevar este epitafio: *"aquí yace el último gentilhomme"*.

El doctor Mariano Varela, evocando íntimos recuerdos amistosos para enaltecer las elevadas condiciones morales del ilustre muerto, dijo con verdad: "... el alma de Juan Carlos Gómez no se va de nosotros.

"Vivirá para alentarnos en el ejemplo del hombre a quien dió animación y vida; vivirá para enseñarnos a odiar a los tiranos y amar la libertad; vivirá para enseñarnos a amar todo lo que es grande, todo lo que es noble, todo lo que es bello."

La oratoria uruguaya estuvo en buenas manos, porque hicieron oír su voz los doctores Juan Carlos Blanco y Manuel Herrero y Espinosa.

En la "Corona Fúnebre" publicada por el "Club del Progreso" de Buenos Aires para honrar la memoria de quien falleció siendo su Presidente, se insertan catorce discursos como pronunciados por distinguidos argentinos y uruguayos; pero puedo afirmar como asistente al acto, que no pasaron de siete los oradores, y que es seguro que los restantes, ya por lo avanzado de la hora, ya por no poderse acercar al sitio de la ceremonia, o por haber llegado cuando la concurrencia empezaba a desgranarse, quedaron en la imposibilidad de lograr su intento, y entregaron después los discursos

a los editores de la "Corona Fúnebre"; para que en ella figurasen, con lo cual, en mi concepto, procedieron correctamente.

De todas maneras, para el homenaje de la eterna despedida bastaba a los manes de Gómez que se lo hubiesen tributado dos eminencias como Mitre y Sarmiento.

La traslación de sus restos a Montevideo fué el segundo acto solemne que se quiso tributar a la memoria del inmortal tribuno.

La iniciativa de esta apoteosis perteneció al "Club Vida Nueva"; y desde el año 1905, las venerables cenizas de Gómez duermen el último sueño en el Panteón Nacional.

La feliz y patriótica inspiración del "Club" fué acogida con espontáneo y general aplauso; y el pueblo uruguayo se enalteció honrando el recuerdo del gran hombre al depositar sus restos en la tierra natal, en cuyo acto hizo oír elocuentemente la nota del encomio; y tuvo el póstumo homenaje su digno coronamiento con una velada en el Teatro Solís.

Justa y reparadora fué la apoteosis con que honró el pueblo uruguayo la memoria de su gran tribuno el día en que sus cenizas vinieron a descansar en el regazo de la Patria, arrulladas por el murmullo del paterno Río.

La vida entera de Gómez puso un sello indeleble a su condición de hombre superior.

En la célebre polémica con el general Mitre, aceptó el doctor Gómez la opinión de su contendor, de que era "Franklin más grande que Washington, porque ha encarnado más cantidad de sentimientos morales y de ideas justas, porque ha injertado más porción de su corazón honrado y bueno en el alma del pueblo americano, que debe a esos sentimientos y a esas ideas su verdadera grandeza".

Con perdón de ambos ilustres escritores, creo que el concepto es paradójico; y no me parece que Franklin sea más grande que Washington, porque mientras el primero no fué sino pensamiento, el segundo fué pensamiento y acción, valiéndose de la última para dar el más alto ejemplo de desinterés y de patriotismo, a diferencia de otros vencedores en cruentas guerras que se impusieron con gloria pero sin abnegación. El ejemplo de Washington es único en la Historia. Pero prescindiendo de todo paralelo más o menos antojadizo, es imposible negar la influencia de Franklin en el pueblo americano, como propagador de elevadas y generosas ideas; y en este concepto Gómez es de todos los publicistas del Río de la Plata el que con más razón deba citarse como divulgador de nobles ideas, por lo cual en este punto puede hallársele analogía con el pensador norteamericano; y jamás, ni en el ardor de la lucha, se le vió descender a la defensa de ningún propósito personal.

El doctor Juan Carlos Gómez es una personalidad única, de un especial relieve, que se destaca entre sus contemporáneos por la unidad inflexible de su vida política, sus abnegaciones, su austeridad, la hidalguía de sus sentimientos y su consagración jamás desmentida a las instituciones y a la libertad que él amaba sobre todas las cosas de la tierra.

En el Río de la Plata no hay con quien compararle, y para hallar en otras latitudes y otras épocas su igual, habría que remontarse a las páginas de bronce de la historia, y evocar dos o tres de los varones más puros de Plutarco.

Por la elevación de sus ideas, por su desinterés, por sus talentos variados y por su patriotismo, está arriba de todas las divergencias y debe considerársele un prócer nacional, prescindiendo de las pasiones que lo envolvieron fatalmente, obligándolo a tomar su puesto de combate en las luchas locales de partido.

Se le han hecho acusaciones y se le continuarán haciendo porque fué un gran batallador, de aquellos cuyo recuerdo jamás se pierde; y se está aún muy cerca de los días del combate sin tregua para que se haya disipado por completo el polvo de la batalla, y si cesó el antagonismo de los grandes, pueden quedar aún, como es humano, la envidia, el odio y las bajas pasiones de los pequeños, mezquindades que se extinguirán día más día menos, para que la posteridad sólo recoja la idea fulgurante que brotó del cerebro pensativo en las horas del fragor de la contienda.

Su frase fué a las veces acerada. Las debilidades de convención, las concesiones a la opinión dominante, cuando es contraria a la propia, no pueden exigírsele a ciertos hombres, que tanto valdría pedirle a un astro que no resplandeciese o al rayo que no destruyera.

Pero un estudio filosófico de las épocas en que actuó el doctor Gómez, explicaría sus intransigencias antes bien como una imposición fatal del medio ambiente, que como una tendencia natural de su espíritu.

Su carácter fué inquebrantable: cuando todos mentían, él dijo la verdad; consideración ninguna le hizo desviarse de las conveniencias sociales y políticas de su país. Tuvo fe en los destinos del pueblo uruguayo, poniéndolo muy arriba de los mandones que lo martirizaban, y fué fustigador implacable de la vergonzosa dominación personal de los caudillos a que con frecuencia se sometieron dócilmente los hombres y los partidos. Un móvil de interés propio no se descubre en ningún acto de su vida; y como las manifestaciones de su intelecto fueron muy grandes y su elevación de carácter indiscutible, es en conjunto un hombre superior; y por lo tanto será siempre un ejemplo digno de presentarse a las generaciones uruguayas.

ÍNDICE

	Página s.
CAPÍTULO I. Propósito primitivo de este libro. — Cómo entré en relación con Juan Carlos Gómez.	5
CAPÍTULO II. Familia de Gómez. — Su nacimiento. — Sus primeros años. — Sus triunfos en la escuela.	10
CAPÍTULO III. Adolescencia de Gómez. — La afirmación de que fué blanco. — Sus primeros versos. — Su vinculación con Juan Bautista Cuneo.	13
CAPÍTULO IV. Abandona a Montevideo. — Causas determinantes de su partida. — Explicación que da más tarde de su actitud. — Palabras de Cané.	18
CAPÍTULO V. Llegada de Gómez a las costas del Pacífico. — Su brillante actuación en la política y la prensa de Chile	22
CAPÍTULO VI. Regreso de Gómez a Montevideo. — Secretario de la "Sociedad de Amigos del País". — Su vinculación con el doctor Acevedo.	36
CAPÍTULO VII. Elección presidencial de 1852. — Candidatura de don Juan F. Giró. — Actitud intransigente de la mayoría legislativa. — Actitud moderada de la minoría. — Candidatura transaccional del señor Castellanos.	43
CAPÍTULO VIII. Influencia de Gómez en la sociedad de su país. — Pasa a Buenos Aires para graduarse de doctor en Jurisprudencia. — Es electo Representante por el Salto. — Combate el espíritu de localismo. — Intemperancias de la mayoría parlamentaria.	54
CAPÍTULO IX. El motín del 18 de julio. — El general Pacheco y Obes asume la responsabilidad de la iniciativa y consecuencias del motín. — Actitud de Gómez. — Funda "El Orden" y el partido conservador.	67

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO X. Don Bernardo P. Berro, Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores. — Medidas vituperables del Presidente Giró. — Actitud del Ministro brasileño Paranhos. — Giró pide la intervención del Imperio del Brasil. — Caída de Giró. — Sucede un Triunvirato al Gobierno Constitucional.	77
CAPÍTULO XI. El Ministerio del Triunvirato. — Gómez se destaca en ese Ministerio. — Actitud inconcebible de Giró y Berro. — Prepotencia del coronel Flores . . .	93
CAPÍTULO XII. Renuncia Gómez su cargo de Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores. — Lo que debe, según él, ser el Presidente de la República. — Gómez durante los años 1854, 1855 y 1856.	106
CAPÍTULO XIII. El 'duelo caballeresco. — Dos hombres de temple en acción. — Cartas íntimas.	115
CAPÍTULO XIV. Gómez regresa al país en 1857. — Toma la redacción de "El Nacional". — Su propaganda partidista. — Es desterrado	128
CAPÍTULO XV. Vida de Gómez en Buenos Aires. — Su modo de ver en la revolución de César Díaz. — Gómez y Sarmiento. — Actitud de Gómez en la revolución de 1863. — Los jefes de partido, según el doctor Gómez.	155
CAPÍTULO XVI. Juan Carlos Gómez periodista. — Poeta. — Su composición "A un Tirano" y José P. Varela. — Literato. — Profesor.	173
CAPÍTULO XVII. Gómez y la calumnia de anexionista. — La verdad sobre sus opiniones. — El sentimiento de la nacionalidad	232
CAPÍTULO XVIII. Juan Carlos Gómez y Artigas	294
CAPÍTULO XIX. Gómez se retira por algunos años del periodismo militante. — Sus grandes polémicas. — Asume de nuevo la redacción de "El Nacional" — Sus últimos años y su muerte	414

Al Señor D. Vicente E. Caputi
Con el mayor aprecio
Juan Beverina
Tenl.

EXPOSICIÓN
 DEL
 GENERAL ALVEAR